



A0824 (A0825)

19/11/1999

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA REUNIÓN DEL EUROPEAN BANKING CONGRESS

Frankfurt, 19-11-99

Señoras y señores,

Les quiero hablar, fundamentalmente, de cuatro cosas: la primera es hablar de las actitudes que puede haber ante los cambios que se están produciendo en Europa y en el mundo; otra son los objetivos que Europa tiene que plantearse para el futuro; la tercera sería el camino que tenemos que seguir para conseguir esos objetivos, y la última, unas breves palabras sobre España.

Hace exactamente diez años se produjo la caída del Muro de Berlín, como acabamos de celebrar y ver recientemente. A partir de ese momento Europa se propuso acometer una gran transformación política y económica, poniendo en marcha en Maastricht el proyecto de la Unión Económica y Monetaria. Ese proyecto, hay que recordarlo, fue acogido con el escepticismo de algunos y con las dudas de muchos. Había quien dudaba de la firmeza de la voluntad política de los Gobiernos europeos para llevarlo a cabo; había también quien desconfiaba de la capacidad de algunos países para realizar el esfuerzo de convergencia necesario para integrarse en la moneda única.

Desde el 1 de enero de 1999 el euro es ya una realidad. Eso quiere decir que hemos avanzado mucho en estos diez años para llegar hasta aquí. Hemos sido capaces de afrontar un proceso complejo de preparación técnica y de convergencia, y hemos logrado acallar a los dubitativos y a los desconfiados. Europa ha mostrado en estos diez años que es capaz de realizar progresos de calado histórico cuando se fija grandes objetivos y tiene la firme voluntad de avanzar hacia ellos.

Yo en ningún caso quiero caer ante ustedes ante la autocomplacencia ni insistir en los logros que todos conocemos. Ahora nos toca pensar en el futuro y nos toca definir los nuevos objetivos y ambiciones para la Europa que queremos en los próximos diez años, es decir, la Europa de aquí al año 2010. Nos toca definirlos, entre otras cosas, porque el euro no puede ser una cura para todos los problemas europeos. Los responsables políticos de Europa ni nos podemos refugiar en la retórica ni tampoco sólo en las buenas intenciones; debemos de demostrar iniciativas, capacidad de liderazgo y decisión, y tenemos que ser muy sinceros a la hora de afirmar que, para garantizar el éxito del euro, es necesario un proceso firme y sostenido de reformas económicas en los mercados europeos de bienes, de capitales y de trabajo.

Como ustedes saben muy bien, en los primeros meses de andadura del euro la Unión Europea experimentó un frenazo en su crecimiento económico. Afortunadamente, la recuperación apunta ya en el horizonte. La tarea para los Gobiernos europeos debe ser, precisamente, aprovechar esta fase de crecimiento económico para realizar las reformas necesarias que nos aseguren un largo período de crecimiento sin inflación y que nos permitan dibujar las metas de nuestra próxima década. Nos podemos permitir todo en los próximos tiempos, menos perder el tiempo y no iniciar el camino de las reformas.

Yo creo que en nuestros días Europa se enfrenta a retos y a oportunidades que no tienen precedentes. Por un lado, la globalización de la economía mundial y, por otro lado, las nuevas tecnologías hacen que vivamos en un mundo mucho más pequeño, y Europa no puede escaparse ni aislarse de esta realidad.

Ante estas dos grandes transformaciones, caben dos posturas y, en mi opinión, solamente dos posturas. La primera es la del temor y la del conservadurismo: temor ante la apertura; miedo ante las nuevas tecnologías; temor y miedo ante las consecuencias de los cambios sociales; temor ante cambios que puedan poner en cuestión intereses creados firmemente arraigados o corporativismos muy tradicionales.

Esta postura lleva a algunos a defender lo que podía denominarse la fosilización del "statu quo" actual; les lleva a defender que el aislacionismo y el proteccionismo frente al resto del mundo deben ser los medios por los cuales Europa debe preservar su identidad; a defender que a todo lo que puede aspirar la Europa de hoy es a regresar a una imagen idealizada e imposible del modelo social y político europeo de hace treinta años.

Yo no acepto esta postura. Como europeo, creo que los mejores días de Europa están por delante de nosotros, están todavía por llegar, y, como español, sé que en política fijar la mirada y las aspiraciones en el pasado es absolutamente inútil y estéril.

Sinceramente, yo trabajo y quiero otra Europa. Quiero una Europa dinámica, competitiva, segura de sí misma; una Europa que no tenga miedo de las nuevas tecnologías, sino que impulse y esté a la cabeza de la innovación en todo el mundo; que no tenga miedo a la apertura ni tenga temor a la competencia de otras áreas económicas, sino que sea capaz de tomar el liderazgo en la competencia de los mercados y del libre comercio; que no tema a las transformaciones sociales, sino que esté dispuesta a reformar en profundidad sus sistemas de protección y de solidaridad para permitir su adaptación a las nuevas circunstancias.

No nos llamemos a engaño --yo, por lo menos, procuro no hacerlo--: éste es el verdadero debate en la Europa de nuestros días; éste. El debate entre quienes quieren responder a las transformaciones profundas que están ocurriendo en Europa con la defensa de intereses corporativistas, con la parálisis y con el aislamiento, y el debate con los que defendemos la vía de la apertura y la vía de las reformas.

Yo creo que el impulso reformista es el que está ganando terreno hoy en toda Europa; en ocasiones, saltando, además, barreras que tradicionalmente han sido muy convencionales. Este impulso de reformas es el que está en la base de nuestras aspiraciones para la próxima década.

Si lo miramos bien y con sinceridad, los europeos, todos, seguimos recibiendo con sorpresa y con cierta envidia los datos sobre la excelente evolución económica de los Estados Unidos, que está experimentando una de las expansiones más largas y más duraderas de toda su historia.

Yo quiero ser optimista sobre Europa. Creo que la primera década del euro puede también significar un largo ciclo de expansión y de dinamismo. Para ello, Europa ha de fijarse nuevos grandes objetivos para los próximos diez años, y creo que hemos de proponernos alcanzar para el año 2010, entre otros, los siguientes tres objetivos: una Europa ampliada a las nuevas democracias y en la que el euro sea un gran instrumento de progreso, también hoy para los países que todavía no han decidido formar parte de él; una Europa reforzada, que construya su espacio de libertad, de seguridad, de justicia y su defensa; y una Europa socialmente cohesionada en la que el pleno empleo sea la mejor garantía de integración social y en la que hayamos asegurado unos sistemas de protección social financieramente sostenibles.

Al igual que hace diez años nuestra aspiración fue el euro, fue la moneda única, creo que diez años después, y con la vista puesta en los diez años siguientes, éstos deben los próximos objetivos.

En consecuencia, Europa debe plantearse un ambicioso y profundo proceso de reformas económicas; proceso que, a su vez, en mi opinión, tiene que tener también tres componentes.

El primero es una mayor difusión de las nuevas tecnologías. Yo no sé, porque no soy especialista en ello, si hemos entrado o no en eso que se llama una "Nueva Economía", en la que los incrementos de productividad garanticen un crecimiento permanente sin inflación; pero sí sé que no hubiera sido posible la extraordinaria expansión de la economía norteamericana sin las ganancias de productividad derivadas de la aplicación a gran escala de las tecnologías de la información. Y también sé que en Europa nos hemos quedado rezagados sin ser capaces de reproducir en los años 90 el éxito que se ha tenido en la otra orilla del Atlántico.

Nuestro problema, en mi opinión, no es la falta de base científica o técnica; a mí me consta la excelencia y la brillantez de nuestros centros de investigación o de nuestras universidades. Yo creo que nuestro problema es el insuficiente estímulo que hemos dado al espíritu de empresa; espíritu de empresa que es la verdadera clave del éxito norteamericano.

Todavía son demasiado complejos en Europa los trámites para la creación y puesta en marcha de nuevas empresas, que son, en última instancia, la verdadera fuente de innovación y de desarrollo de ideas y de productos. Para una empresa joven la financiación resulta más difícil de conseguir, tanto por parte del sistema bancario --lo tengo que decir en esta casa--, como por los inversores institucionales. Tampoco hemos sabido aprovechar plenamente en Europa el extraordinario potencial emprendedor de sectores básicos, como las telecomunicaciones, la energía o el transporte; hasta ahora, excesivamente regulados; hasta ahora, con importantes ineficiencias. Y esos sectores se tienen que convertir en motores de innovación y de desarrollo. Yo creo que debemos ocuparnos muy seriamente de esta situación.

Recientemente, algún especialista de esos que se llaman los "gurús económicos" --que no sé exactamente qué son, pero que parece ser que existen-- ha afirmado que quizá estemos en la primera fase de un ciclo de transformaciones tecnológicas que puede durar treinta años. No sé cuántos serán, pero sí sé que, si Europa ha llegado tarde a la primera fase, todavía estamos a tiempo de movilizar nuestros recursos para superar ese retraso.

Quiero recordar, por ejemplo, que el formidable avance económico en Europa a partir del Renacimiento se debió a la cultura de empresa y a la iniciativa individual frente a fuerzas de la tradición y del inmovilismo. Otras zonas del mundo probablemente superaban a Europa entonces por sus avances técnicos o por sus invenciones; pero fracasaron víctimas del peso, de la burocracia y del temor a afrontar el futuro. No quiero que Europa esta vez fracase, y deseo que Europa se muestre capaz y segura como una gran área de innovación y de espíritu de empresa.

El segundo gran componente de este proceso de reformas tiene que ser, sustancialmente, la estabilidad presupuestaria. Hemos alcanzado buenos resultados en Europa en los últimos años y el euro ha nacido tras un importante proceso de convergencia macroeconómica. Sin embargo, no podemos ni debemos, en ningún caso, quedarnos parados.

Nuestra esperanza de vida está aumentando de forma constante. Dentro de poco, el veinte por ciento de nuestra población tendrá más de 65 años, y cada vez será más frecuente superar los 80 años. Esto nos traerá importantes consecuencias que no podemos desconocer, sobre todo, sobre nuestros sistemas de salud y nuestros sistemas de pensiones.

Debemos, por lo tanto, proseguir con una estrategia de saneamiento presupuestario que tenga plenamente en cuenta estas tendencias, si no queremos poner en riesgo nuestras sociedades; por ejemplo, mediante la constitución de fondos de reserva, que permitan destinar los frutos del crecimiento para una mayor seguridad en el futuro. También creo que debemos desarrollar fondos complementarios de pensiones, porque sólo de esta forma podremos asegurar que nuestros sistemas de bienestar resulten financieramente sostenibles en el largo plazo.

Otros países que están por delante de nosotros en materia de consolidación fiscal han sido capaces de aprovechar la expansión económica para liberar recursos que permitan atender a las necesidades de sus sistemas de pensiones en el futuro. En Europa sentiremos los efectos del envejecimiento de una forma similar y, si cabe, de una forma aún superior. Tenemos, por lo tanto, que aprovechar la recuperación económica actual para realizar un esfuerzo similar.

Creo y propongo que los Gobiernos europeos deberíamos ser capaces de asumir el objetivo de reducir a la mitad el peso de la deuda pública en el Producto Interior Bruto en nuestros países de aquí al año 2010.

El tercer componente del que quiero hablar en este proceso es el componente de la apertura económica. La moneda única produce el efecto de que las economías del área euro sean ahora más cerradas que antes; pero sería un gravísimo error pensar que

podemos prescindir del resto del mundo. Creo que aislarnos, cerrarnos, sería una muy grave equivocación. Al contrario, el euro puede hacer más visible en el mundo la dimensión y la vitalidad de la economía europea, y Europa debe aprovechar esa visión para situarse en una posición de liderazgo en la economía internacional.

El euro, señoras y señores, debe acostumbrarse a hablar con una sola voz en los foros económicos internacionales, desarrollando plenamente los acuerdos de representación internacional del euro que alcanzamos en el pasado Consejo Europeo de Viena. Y el euro debe acostumbrarse también a hablar con una sola voz en el Banco Central Europeo y en sus posiciones respecto de lo que es la política monetaria en el área del euro.

Europa, como principal potencia económica comercial del mundo, debe también situarse en la vanguardia ante los trabajos de la próxima ronda de negociaciones para la liberalización del comercio mundial. Una Europa dinámica, competitiva y segura de sí misma tiene todo que ganar, sin temores y sin reservas, de un orden comercial multilateral, sólido y abierto.

Señoras y señores,

Hasta ahora les he hablado de las actitudes, de los objetivos y de las reformas necesarias. Me van a permitir unas muy breves palabras sobre España.

Como saben ustedes, España atraviesa un buen momento económico. El crecimiento previsto para el año 2000 será del 3'7 por 100, lo que significa que será el cuarto año consecutivo en el que creceremos sustancialmente por encima del 3 por 100; este mismo año lo cerraremos también en una cifra del 3'7-3'8, por 100. Nuestra inflación se situará en torno al 2 por 100. Hemos saneado nuestras cuentas públicas; los tipos de interés se encuentran en mínimos históricos y nuestra economía, como consecuencia de la evolución de nuestro comercio exterior, es una de las más abiertas de Europa. Somos el primer inversor del mundo en Latinoamérica y somos un país exportador neto de capitales.

Todo ello, en gran medida, ha permitido a las empresas españolas crear en cuatro años o, mejor dicho, crear desde mayo de 1996 a noviembre de 1999, tres años y medio, 1.800.000 nuevos puestos de trabajo, es decir, aproximadamente la mitad de todos los empleos que se han creado en Europa en ese período.

Hace cuatro años nos encontramos con un sistema de pensiones en situación extraordinariamente precaria, por decirlo en términos diplomáticos. Algunos decían que la situación era tan difícil que la única salida posible era dinamitar el sistema público de pensiones. Hoy, tras un importante acuerdo sobre la consolidación del sistema público de pensiones alcanzado con las centrales sindicales españolas, nos encontramos con una Seguridad Social saneada, con equilibrio en sus presupuestos y que ha empezado a constituir reservas para el futuro. La Seguridad Social española tendrá una situación de superávit en el año 2000, y espero que el conjunto del Estado tenga una situación de superávit en el año 2002 y, si la puedo adelantar al año 2001, el superávit español se producirá en el año 2001.

Creo que nuestra estrategia económica ha funcionado, y esa estrategia se basa en dos pilares: las reformas estructurales y la estabilidad económica. Es la estrategia que quiero seguir aplicando en España para asegurar un horizonte cierto de pleno empleo, la integración social y el total aprovechamiento de las oportunidades que ofrece la Sociedad de la Información. Sé que otros países europeos también la han aplicado con éxito. Se trata de una estrategia que, con estos avales, deseo ver aplicada en el conjunto de Europa ahora que hemos comenzado en el euro una nueva fase de integración.

Dice un refrán, un proverbio, español que "a quien no sabe a dónde va, ningún viento le es favorable". Es por eso muy importante que los europeos debemos saber muy bien dónde queremos ir, fijar nuestros objetivos, y yo lo he hecho aquí esta tarde; acordar las estrategias, y yo he propuesto unas estrategias; porque creo, sinceramente, que ha llegado la hora de impulsar a Europa en ese camino y en ese sentido.

Dentro de muy pocos meses los Jefes de Gobierno y Estado europeos nos reuniremos en Lisboa para definir estas metas. Vuelvo a decir: creo que el impulso reformista está ganando terreno en Europa y deseo que ese triunfo sea un triunfo irreversible, porque en eso creo que nos jugamos nuestro porvenir.

Espero que en Lisboa seamos capaces de dar un gran impulso político, que nos permita alcanzar en el curso de la próxima década una Europa más ampliada, más socialmente cohesionada, y una Europa del empleo y de las oportunidades para todos. Creo, sinceramente, que tenemos todas las condiciones para conseguirlo; simplemente, me permito hacer una última consideración: conviene no confundir los objetivos y conviene no confundir las políticas. Hay políticas buenas y hay políticas malas. La diferencia es que las buenas producen buenos resultados y las malas producen que nunca se consigan los objetivos por buenos que éstos sean.

Muchas gracias a todos.